

¿Cambio de ciclo político?

«No habrá cambio de ciclo político en España, mientras no lo haya en el Partido Popular y sustituyan a su líder». Esta frase, pronunciada por José Blanco apenas diez días después de que el PSOE ganara por segunda vez las elecciones generales, expresaba de forma certera no sólo la poca confianza en el líder de la oposición del partido socialista, lo que resulta lógico, sino también la de muchos habituales votantes del partido popular. Un partido que, inmerso en una reconversión interna, condenaba al ostracismo a determinadas figuras hasta entonces señeras, hacía guiños a los hasta poco antes «vitandos» partidos nacionalistas y se cuestionaba en privado y en público el liderazgo del propio candidato, entonces dos veces derrotado en las urnas.

Permanencia y cambio

Un tiempo después, cuando algunos piden que se adelanten las elecciones generales, el partido gobernante tiende a presentarse como la mejor alternativa de sí mismo. En esto, el PSOE no es una excepción: bajo una u otra fórmula, ante este tipo de insinuaciones deja siempre el mismo mensaje: «No hay más alternativa al PSOE que el propio PSOE». «¡Qué prisa tiene Rajoy en perder otra vez las elecciones!». Este mensaje era creíble para gran parte de la opinión pública cuando

las encuestas sobre intención de voto realizadas en los meses inmediatos al segundo triunfo socialista (9 de marzo de 2008) daban una holgada mayoría al partido del gobierno. Entonces, la posibilidad de un cambio de ciclo estaba muy alejada del horizonte político español. Se llegó incluso a escribir que España está políticamente inclinada a la izquierda de manera estructural, no coyuntural, del mismo modo que la meseta central bascula estructuralmente hacia la izquierda y todos sus ríos caminan en esa dirección y sentido.

Pero ninguna sociedad democrática es inmune al cambio. La alternancia es signo y certificado de la verdadera democracia, en la que no caben elecciones a la búlgara. Las causas del cambio una veces son exógenas y otras endógenas al sistema. Así, el acierto o desacierto del gobierno y de la oposición, la evolución de la economía y del empleo, el efecto mimético de las elecciones exteriores, el cansancio de la ciudadanía, etc.

En la actualidad ¿en España se dan estas causas o estamos al menos ante ciertos indicios que pueden atisbar un cambio más allá de los deseos expresados por algunos? Analicemos algunos indicios.

Cinco indicios

Un *primer indicio* son los sondeos de intención de voto. Exceptuados los seis meses inmediatamente posteriores a las elecciones de 2008, las encuestas vienen manifestando un progresivo decremento de la intención de voto socialista y un ligero incremento del voto popular. La primera encuesta privada que puso de manifiesto la inversión de tendencia se publicó el 30 de septiembre de 2008. El CIS (Centro de Investigaciones Sociológicas) no reconoció hasta junio de 2009 que el PP superaba al PSOE en intención de voto. Desde esta fecha los sucesivos muestreos del organismo oficial confirman esta tendencia y no se alejan demasiado de los que regularmente promueven diversos medios de comunicación privados. En los últimos sondeos la ventaja del PP sobre el PSOE tiende a consolidarse por encima de los cuatro puntos. Es verdad que las elecciones están lejos y que el único sondeo eficaz será el que en su día (lo más tarde en 2012) expresen los ciudadanos en las urnas. Pero la tendencia permanente de los sondeos es el primer indicio de que el cambio de ciclo es posible, incluso probable.

El *segundo indicio*, más sólido aún que las encuestas, es el análisis de los resultados obtenidos en otras elecciones distintas de las generales.

¿Cambio de ciclo político?

En este sentido, cabe interpretar el triunfo por mayoría absoluta del PP en las elecciones autonómicas (11 de mayo de 2009) y el más significativo triunfo del mismo partido en las elecciones al parlamento europeo (7 de junio de 2009) en las que superó al PSOE en casi cuatro puntos, prácticamente los mismos que las últimas encuestas detectan. Particular significado tiene el hecho de que, mientras el PP incrementó el número de votos en sus caladeros tradicionales (Madrid, Valencia, Castilla y León), el PSOE decreció en los suyos, excepto en Cataluña, llegando en Andalucía a perder diez puntos respecto al PP. Sin magnificar este indicio, es explicable el alborozo de Rajoy al proclamar al día siguiente de las europeas que el cambio era inevitable.

Un *tercer indicio*, éste más aleatorio, es la mala evolución de la economía y del empleo. Hasta el momento de redactar este editorial, el paro se sitúa en el 18% de la población activa y el Fondo Monetario Internacional (FMI) prevé que en este mismo año alcanzará el 20%. El déficit previsto por los Presupuestos Generales del Estado para 2010 es del 8,4%; pero el FMI lo eleva hasta el 12,3%. Crece el endeudamiento es gravísimo, decae la afiliación a la Seguridad Social... De todo ello la ciudadanía responsabiliza en primer lugar al gobierno, por lo que el partido que en este momento gobierna será, de hecho ya lo es, el que mayor desgaste sufra. Según las encuestas, aproximadamente 500.000 electores que votaron al PSOE en 2008, no le volverían a votar si las elecciones se celebraran mañana. Es verdad que éste es un indicio aleatorio, ya que si la economía se endereza y el empleo remonta, la actual caída puede transformarse en ascenso.

Un *cuarto indicio* es la debilidad parlamentaria del gobierno. Tras el pacto PSE-PP, que permitió al socialista Patxi López acceder a la lehendakaritzta del País Vasco, el gobierno no puede contar, si no negocia contrapartidas, con el antes fiel apoyo parlamentario del PNV. También se ha distanciado CiU que, ante la proximidad de las elecciones catalanas (2010), necesita diferenciarse del PSOE, pues aspira a desalojar de la Generalitat al PSC. Acrecienta su debilidad el hecho de que IU y ERC, socios suyos en el gobierno de Cataluña, tampoco le apoyan sin nuevas cesiones. Si hasta ahora ha sido inviable una moción de censura, la precariedad del Ejecutivo no permite descartarla en el futuro, sobre todo si la situación económico-social se sigue deteriorando.

Finalmente un *quinto indicio* consiste en que parece razonable atribuir algún efecto mimético al acusado giro a la derecha de toda Europa, en esta situación de crisis, puesto de manifiesto en las pasadas

elecciones al parlamento europeo, o quizá aún influyan más el triunfo de a la CDU de Angela Merkel en las elecciones alemanas (junto con los malos resultados del SPD), la fortaleza de la derecha en Francia y el pronosticado varapalo de los laboristas en el Reino Unido. El triunfo de los socialistas en Portugal, muy menguado, y en Grecia, mayoría absoluta, no parece que pueda contrarrestar en la opinión pública el tirón de la tendencia derechista predominante en Europa.

Estos cinco indicios, a pesar de que puedan ser válidos al día de hoy, siguen siendo meros indicios. Cualquier extrapolación de estos datos a las elecciones de 2012 es prematura. Los acontecimientos pueden invertir el sentido de los indicios. Por ejemplo, la evolución de la guerra en Afganistán y de la seguridad mundial puede acelerar o invertir la actual tendencia hacia un cambio de ciclo; por el contrario, un triunfo en la lucha contra el terrorismo o un éxito diplomático —como sin duda será la visita a España a mediados de 2010 del presidente estadounidense Barack Obama— puede tener un impacto en la opinión pública y fortalecer al gobierno, facilitando la permanencia del PSOE en el poder.

Gobernar y hacer oposición en perspectiva de cambio

Ni la caída de intención de voto experimentada es un cataclismo para el PSOE ni el incremento experimentado por el PP es garantía de triunfo. El triunfo de uno u otro partido se juega en un margen de entre 300.000 y 500.000 votos, fácilmente desplazables, en función de las circunstancias, a la abstención o a otra opción política.

El hecho de que el PP haya adelantado al PSOE en intención de voto no sorprende a nadie. La sorpresa viene, más bien, de lo corta que es la distancia que separa a ambos partidos. «Con la que está cayendo y sólo nos separan cuatro puntos...», dicen tanto los socialistas para su consuelo, como los populares para su preocupación.

Las estrategias de permanencia del PSOE y de ataque del PP son similares: se definen más en términos negativos (descalificar al adversario) que en términos positivos. Si el partido del gobierno parece que ejerce más como oposición de la oposición que como gobernante, el principal partido de la oposición parece que hace verdadera aquella vieja inversión del orden lógico expresada en la frase «*¡Me opongo! ¿De qué se trata?*». Y es que, en la perspectiva de cambio, las dos formaciones que pueden salir beneficiadas o perjudicadas tratan prioritariamente de

¿Cambio de ciclo político?

mantener la cohesión interna, sabedoras de que, al final, ganará las elecciones, no la propuesta más racional, sino la que sea capaz de movilizar más votos emocionales. De ahí que el ciudadano tenga la impresión de que estamos en una campaña electoral permanente.

Cuando la oposición descalifica sus medidas, el gobierno arremete contra ella acusándola de retrógrada, insolidaria y antipatriota. Cuando el PP está inmerso en varios procesos acusado de corrupción, pone su principal línea de defensa, no en esclarecer los hechos, sino en matar al mensajero, acusando al gobierno de utilizar en su contra, mediante filtraciones interesadas de sumarios, a policías, fiscales y jueces.

Desde todos los sectores de la sociedad se pide a los partidos políticos que acallen por un tiempo sus divergencias y arrimen juntos el hombro para sacar al país de la crisis. Pero, en perspectiva de cambio, todo acuerdo que diluya las fronteras entre una y otra opción es imposible. El gobierno ha propuesto un triple pacto de Estado en materias de Educación, Justicia y Energía. Convencidos de la necesidad de estas iniciativas, su propuesta en el presente momento tras tanto tiempo de demora no puede por menos de sonar más a política de imagen que a política de realidad.

Resulta así de gran dificultad un **pacto educativo** cuando las distancias entre el PP y el PSOE en temas tales como los contenidos, las líneas pedagógicas y el papel a desempeñar por el Estado y la familia en la educación moral y cívica es grande. Resulta difícil un **pacto de justicia** porque, en el fondo, ninguno de los dos grandes partidos quiere renunciar a los canales de influencia en las decisiones judiciales que les proporciona el actual sistema de elección de magistrados en el Tribunal Supremo, en el Constitucional y en el Consejo General del Poder Judicial. Resulta no menos difícil un **pacto energético** por las posiciones mantenidas sobre el uso de la energía nuclear: mientras el gobierno apuesta por mantener la moratoria nuclear y ha anunciado el cierre de la central de Garoña para 2013, el PP propone el fin de la moratoria nuclear y ha anunciado que Garoña no se cerrará por lo menos hasta 2020.

Una propuesta: ejercer la ciudadanía en perspectiva de cambio

En tiempos en que está abierta la perspectiva de cambio, el ciudadano extrema las cautelas para interpretar las verdaderas intenciones que

subyacen a los mensajes insistentemente lanzados por los políticos. La primera de estas cautelas consistiría en descubrir los propios prejuicios hasta llegar a serenar las emociones espontáneas para conseguir que elección personal elección surja como consecuencia de una reflexión. De ahí que los dos años y medio que faltan para las próximas elecciones no deberían ser vividos como tiempo ni de no compromiso ni de impaciencia, sino más bien como ocasión de mejor información y mayor reflexión. Es una de las ventajas que da la posibilidad de un cambio anunciado con tanta antelación.

Ante la perspectiva de cambio, el ejercicio de la ciudadanía plena permite analizar con mayor rigor que en otras ocasiones los lenguajes de los políticos en sus significantes y en sus significados reales. Por ejemplo, se puede someter a la máquina de la verdad (principios éticos + eficacia social) las medidas aparentemente solidarias de subsidios sin reformas estructurales, practicada por el gobierno, y las reformas estructurales con menor énfasis en los subsidios que preconiza el PP. Otro ejemplo, se puede someter a verificación si nuestra posición ante las cuestiones fundamentales respetan los principios de la justicia social, no sólo en su formulación teórica, sino también en su aplicación real.

En perspectiva de cambio, un ciudadano que pretende ser activo y autónomo no se queda en el enfrentamiento derecha-izquierda, sino que indaga en las diferentes sensibilidades que existen dentro de la derecha y dentro de la izquierda. Por ejemplo, no es lo mismo el optimismo acrítico del socialista Zapatero que el pesimismo crítico de los también socialistas Solbes o Sevilla, que discrepan frontalmente de las medidas, presupuestadas o no, tomadas por el gobierno; no es lo mismo el sector del PP empeñado en tapar o limitar los efectos del caso *Gürtel* que el sector empeñado en purificarse de cualquier sospecha.

En definitiva, con el margen que da una perspectiva de cambio a tan largo plazo, los ciudadanos pueden avanzar en la elaboración de una toma de decisión que permita poner en primera instancia tanto las convicciones personales como la responsabilidad de cada uno para con el resto de la sociedad. ■